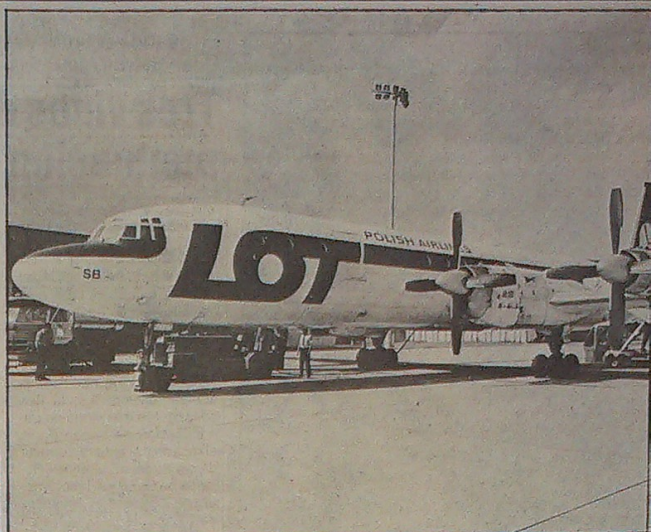




La torre de Foronda está equipada para que trabajen cuatro controladores a la vez, pero la falta de tráfico solo hace necesaria la presencia de uno.



Un cuatrimotor de hélice de las líneas aéreas polacas LOT aterrizó ayer en Foronda para recoger a los componentes de una orquesta de ese país, que actuó recientemente en Bilbao.

La escasa actividad del aeropuerto alavés les obliga a permanecer la mayor parte de la jornada inactivos

Los controladores del aeropuerto de Foronda se aburren tanto como los antiguos fareros

Aurora Fernández

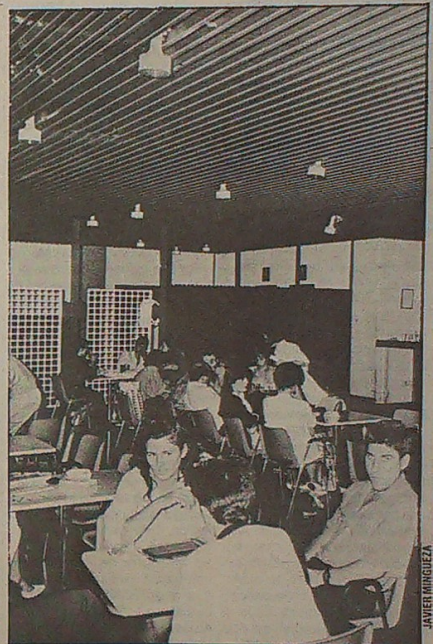
Nacho Domínguez, -tres años en la torre de control de Foronda-, enseña la planilla de registros para demostrar que no exagera: hay días en los que sólo aterriza una avioneta en la pista. Incluso recuerda que una vez tuvo que estampar un redondo cero en la hoja de movimientos, después de permanecer ocho horas aislado en la torre. Aquello es como una luminosa sala de estar desde donde se otea un horizonte que permanece inalterado la mayor parte del día. «Las horas no pasan ni atrás ni adelante», se queja Nacho, mientras se sienta en el sofá cama, situado frente al televisor y abre un paquete de frutos secos. «Llegas a las siete de la mañana y a lo mejor no pasa nadie hasta las once. Así que te tumbas aquí y te echas un sueño. Lees, ves la tele, oyes música. Yo me traigo la guitarra y a veces hasta bailo solo». Oyéndolo es imposible no acordarse de los fareros solitarios. No pueden abandonar la sala durante toda la jornada. Si necesitan ir al aseo, están obligados a dejar la puerta abierta, por temor a no oír el teléfono. No suelen recibir visitas, a excepción de los domingos, día que algunos trabajadores del aeropuerto aprovechan para enseñar las instalaciones a la familia. Los controladores de Foronda padecen el mismo aburrimiento de los últimos toreros pero despojado de romanticismo y con la única ventaja de que descansan durante una temporada de la tensión que, antes de llegar aquí vivieron en otros aeropuertos.

Fernando Merino, otro de los cinco controladores con plaza en Foronda, pidió este destino después de quince años en el aeropuerto de Barcelona. Buscaba un sitio tranquilo, donde tuviera tiempo para vivir y eligió Vitoria. Apenas controla una docena de movimientos al día, la mayoría de ellos de avionetas o aviones que entran en su área de influencia de camino hacia otros aeropuertos. Los vuelos rutinarios de Iberia no superan,

entre aterrizajes y despegues, la media docena de operaciones al día. Las pistas, vacías la mayor parte del tiempo, no provocan jamás situaciones de colapso. No hace falta imponer autoridad entre los pilotos, porque pocas veces coinciden dos aparatos en pugna por tomar tierra o por ser los primeros en salir. En Foronda no se conocen los agobios de los grandes aeropuertos, en donde los controladores se ven acosados por las pugnas de los distintas compañías por ganar tiempo. Ahora, frente a la solitaria pista por la que rueda pausadamente una avioneta de recreo, que se ha detenido a repostar, Nacho y Fernando recuerdan sus momentos de tensión en otras salas en las que se oían los gritos de los pilotos, exigiendo preferencia a través de la radio, intentado que el controlador les *cuete* y llegando incluso a prometer algunos favores a cambio.

Sesenta movimientos

Esas cosas no suceden en Foronda, donde el *record* de movimientos está en sesenta, que se registran el día del aniversario de Gernika. La calma natural del aeropuerto sólo la alteran, de vez en cuando, las tormentas y los vientos cruzados. No se conocen situaciones de emergencia en la torre. En caso de que las hubiera, cuenta con unos medios técnicos sólo equiparables a los que se utilizan en el aeropuerto internacional de Barajas. Está comunicada automáticamente, no sólo con todos los servicios de Foronda, sino también con los controles de Madrid y Bilbao, para ausentar cualquier sombra de duda sobre su seguridad. Cuatro mesas de control, un telex, y un radiogonómetro, que sirve para visualizar en una pantalla la locación geográfica de un mensaje recibido por radio, además de las luces y bengalas de emergencia, reposan la mayor parte del tiempo, compartiendo esta especie de sala de estar aislada a 45 metros de altura. Mientras, el controlador de turno y espera a que, al menos de vez en cuando, se rompa el hechizo y suene el teléfono.



Las instalaciones del aeropuerto se vieron ayer muy concurridas debido a las demoras de los vuelos, provocadas por la huelga de controladores de Barcelona.